

MICHAEL ENDE

# MOMO

o la extraña historia de los ladrones del  
tiempo y de la niña que devolvió a las  
personas el tiempo robado

Un cuento novelado  
con ilustraciones del autor

Traducción de Margarita Santos

loqueleg<sup>®</sup>

## 1. Una ciudad grande y una niña pequeña

Hace muchos, muchos años, cuando las personas hablaban aún en lenguas muy diferentes a las que hablamos hoy, ya existían en los países cálidos ciudades grandes y majestuosas. En ellas se alzaban palacios de reyes y emperadores, había calles amplias, callejuelas y callejones intrincados, templos monumentales con estatuas de dioses en oro y mármol, mercados llenos de color donde se ofrecían productos de todo el mundo, y plazas bellas y espaciosas donde las personas se reunían para comentar las novedades y para dar o escuchar discursos. Y, sobre todo, había allí grandes teatros.

Tenían un aspecto similar al de un circo de hoy en día, sólo que estaban hechos únicamente de bloques de piedra. Las hileras de asientos para los espectadores se extendían escalonadas unas sobre otras como en un inmenso embudo. Vistas desde arriba, muchas de estas construcciones eran circulares, otras más ovaladas, y algunas formaban un amplio semicírculo. Las llamaban anfiteatros.

Los había grandes, como estadios de fútbol, y pequeños, en los que sólo cabía un par de cientos de espectadores. Los había majestuosos, decorados con columnas y

figuras, y también sencillos y escasos de adornos. Estos anfiteatros no tenían techo, todo ocurría al aire libre. Por eso, en los teatros más lujosos las gradas se cubrían con alfombras entretejidas con hilos de oro que protegían al público de los rayos del sol o de tormentas repentinas. En los teatros más humildes, esteras de junco y paja cumplían el mismo cometido.

En una palabra: los teatros eran justo como las personas podían permitírselos. Pero todos querían tener uno, pues to que todos eran apasionados oyentes y espectadores.

Y cuando presenciaban los emocionantes o cómicos sucesos que se representaban en el escenario, era como si aquellas vidas actuadas fueran, de algún misterioso modo, más reales que su propia rutina cotidiana. Les encantaba ser testigos de aquella otra realidad.

Han pasado miles de años. Las grandes ciudades de entonces se desmoronaron, los templos y palacios se derrumbaron. El viento y la lluvia, el frío y el calor limaron y erosionaron las piedras, y allí donde se alzaban los grandes teatros no quedan más que ruinas. Entre los muros derruidos, las cigarras entonan ahora su monótono canto, que suena como si la Tierra respirara mientras duerme.

Sin embargo, algunas de estas grandes ciudades de la Antigüedad siguen siendo grandes hasta el día de hoy. Claro que la vida que transcurre en ellas es diferente. Las personas viajan en coche y en tranvía, tienen teléfono y luz eléctrica. Pero, aquí y allá, aún se ven entre los nuevos edificios algunas columnas, una puerta, un pedazo de muro

o también un anfiteatro de antaño. Y en una de esas ciudades sucedió la historia de Momo.

En el extremo sur de esta gran ciudad, allí donde comienzan los primeros campos y las casas y cabañas se vuelven cada vez más humildes, se encuentran, ocultas en un bosquecillo de pinos, las ruinas de un pequeño anfiteatro. En la Antigüedad tampoco era uno de los majestuosos, ya entonces se trataba de un teatro para gente menos acomodada. En nuestros días, es decir, cuando la historia de Momo dio comienzo, las ruinas yacían casi en el olvido. Tan sólo algunos académicos de arqueología sabían de su existencia, pero ya no se interesaban por ellas, puesto que allí no quedaba nada más que investigar. Tampoco era una atracción turística que pudiera competir con otros monumentos de la ciudad. Así que, sólo de vez en cuando, se extraviaban hasta allá unos pocos turistas, trepaban las gradas cubiertas de hierba, rompían el silencio del lugar, sacaban una foto para el recuerdo y volvían a desaparecer. Entonces regresaba la calma al círculo de piedra y las cigarras entonaban la siguiente estrofa de su canción interminable, idéntica a la anterior.

En realidad, sólo las personas que vivían en los alrededores conocían la extraña construcción circular. Llevaban a sus cabras para que pastaran, los niños usaban el espacio central para jugar con el balón y a veces se encontraban allí parejas por la noche.

Un buen día se corrió la voz de que alguien moraba en las ruinas desde hacía algunos días. Que se trataba de una persona muy joven, probablemente una niña pequeña.

No era fácil decirlo con exactitud porque vestía prendas algo extrañas. Se llamaba Momo, o algo así.

El aspecto de Momo era en verdad peculiar y podía asustar un poco a quien le diera mucha importancia a la limpieza y al orden.

Era bajita y bastante flaca, así que no se podía determinar con seguridad si sólo tenía ocho años o si ya había cumplido los doce. Tenía la cabeza cubierta de rizos negros como la brea, tan desordenados que parecían no haber tenido jamás contacto con un peine o unas tijeras. Sus ojos eran preciosos, enormes e igualmente negros, y sus pies lucían del mismo color, pues casi siempre iba descalza. Sólo en invierno llevaba zapatos de vez en cuando, pero solían ser distintos, no armonizaban entre sí y, además, le quedaban demasiado grandes. Esto se debía a que Momo no poseía nada excepto lo que se encontraba por ahí o lo que le regalaban. Su falda se componía de todo tipo de retazos de colores, cosidos unos a otros, y le llegaba hasta los tobillos. Encima llevaba un viejo saco de hombre, demasiado grande para ella, con las mangas recogidas a la altura de las muñecas. Momo no quería cortarlas, ya que pensaba con previsión que seguiría creciendo. Y quién sabe si volvería a encontrar un saco tan bonito y práctico, con tantos bolsillos.

Debajo del escenario de las ruinas, cubierto de hierba, había unas pocas habitaciones medio derrumbadas a las que se accedía por un agujero abierto en el muro exterior. Y ahí se había hecho su casa Momo.

Una tarde se presentaron algunos hombres y mujeres de los alrededores y empezaron a hacerle preguntas. Momo



los miraba con miedo, temerosa de que quisieran echarla. Pero pronto se dio cuenta de que eran personas amables. Ellos mismos eran pobres y conocían las dificultades de la vida.

—Bueno —dijo uno de los hombres—, así que te gusta vivir aquí.

—Sí —respondió Momo.

—¿Y quieres quedarte?

—Sí, me gustaría.

—Pero ¿no te extraña nadie en otro lugar?

—No.

—Quiero decir, ¿no tienes que regresar a casa?

—Esta es mi casa —se apresuró a asegurar Momo.

—Pero ¿de dónde vienes, niña? —Momo hizo un movimiento impreciso con la mano indicando algún punto a lo lejos—. ¿Y quiénes son tus papás? —siguió preguntando el hombre.

La niña lo miró sin comprender, primero a él y luego a los demás, y se encogió ligeramente de hombros. Ellos intercambiaron miradas y suspiraron.

—No debes tener miedo —añadió el hombre—. No queremos echarte de aquí. Queremos ayudarte.

Momo asintió en silencio, pero indecisa todavía.

—Dices que te llamas Momo, ¿verdad?

—Sí.

—Es un nombre muy bonito, pero nunca lo había oído. ¿Quién te llamó así?

—Yo.

—¿Tú misma te pusiste ese nombre?

—Sí.

—¿Cuándo naciste?

Momo reflexionó y dijo al fin:

—Hasta donde puedo recordar, siempre existí.

—Pero ¿no tienes una tía o un tío, una abuela, algún familiar con quien puedas vivir?

Momo se limitó a mirar al hombre en silencio. Luego murmuró:

—Esta es mi casa.

—Bueno —contestó él—, pero todavía eres muy pequeña... ¿Cuántos años tienes, por cierto?

—Cien —respondió Momo vacilante.

Ellos se rieron, pues pensaron que bromeaba.

—Vamos, ahora va en serio: ¿cuántos años tienes?

—Ciento dos —dijo Momo, más insegura aún.

Tardaron un rato en comprender que la niña sólo conocía un par de números que había oído en algún lugar, pero que no significaban nada en concreto para ella, porque nadie le había enseñado a contar.

—Escucha —dijo el hombre después de hablar con los demás—, ¿qué tal si le decimos a la Policía que estás aquí? Entonces te llevarían a un hogar infantil donde te darían de comer y tendrías una cama, y aprenderías a contar y a leer y a escribir, y muchas otras cosas más. ¿Qué te parecería eso, eh?

Momo lo miró horrorizada.

—No —murmuró—, no quiero ir. Ya estuve ahí. Otros niños vivían ahí también. Las ventanas tenían rejas. Todos los días nos tocaba alguna paliza, pero eran siempre injustas. Entonces, una noche trepé por el muro y me escapé. No quiero volver.

—Lo entiendo —comentó un anciano asintiendo con la cabeza. Los demás también lo entendieron y asintieron.

—Está bien —dijo una mujer—, pero todavía eres muy pequeña. Alguien tiene que ocuparse de ti.

—Yo —respondió Momo con alivio.

—Pero ¿puedes hacerlo?

Momo calló unos instantes y luego dijo en voz baja:

—No necesito mucho.

De nuevo, las personas intercambiaron miradas, suspiraron y asintieron.

—¿Sabes qué, Momo? —volvió a tomar la palabra el hombre que había hablado primero—. Pensamos que podrías vivir con alguno de nosotros. La verdad es que todos tenemos lugares pequeños y la mayoría ya tiene unos cuantos hijos que alimentar, pero qué importa uno más o uno menos. ¿Qué te parece, eh?

—Gracias —dijo Momo y sonrió por primera vez—. ¡Muchas gracias! Pero ¿no podrían dejarme vivir aquí?

Volvieron a deliberar entre sí un buen rato y por fin accedieron. Al fin y al cabo, pensaron, la niña podía vivir ahí tan bien como con alguno de ellos, y todos cuidarían de ella porque, de cualquier modo, era más fácil cuidarla juntos que por sí solos.

Comenzaron de inmediato a reparar y ordenar, lo mejor que pudieron, la habitación de piedra medio derruida en la que vivía Momo. Uno de ellos, que era albañil, construyó incluso un pequeño horno de piedra. También le procuraron un tubo de estufa oxidado. Un anciano carpintero fabricó una mesita y dos sillas a partir de unas pocas cajas de madera. Por último, las mujeres le llevaron una

cama vieja de hierro decorada con volutas, un colchón que sólo estaba un poco desgarrado y dos mantas. El agujero de piedra bajo el escenario de las ruinas se convirtió en un cuartito acogedor. El albañil, que tenía talento artístico, pintó al final un hermoso cuadro de flores en la pared. Incluso pintó el marco y el clavo del que colgaba el cuadro. Y entonces llegaron los hijos de esas personas y le llevaron toda la comida de la que podían prescindir: uno, un pedazo de queso; otro, una rebanada de pan; un tercero, algo de fruta, y así todos. Y como eran muchos niños, esa tarde se reunió en el anfiteatro una auténtica multitud, de modo que todos juntos celebraron una pequeña fiesta en honor a Momo y su nuevo hogar. Fue una fiesta tan divertida como sólo la gente pobre sabe celebrarla.

Así comenzó la amistad entre la pequeña Momo y los habitantes de los alrededores.

## 2. Una cualidad poco común y una pelea de lo más común

A partir de ese momento, Momo vivió bien, en su opinión al menos. Ahora siempre tenía algo de comida, a veces más, a veces menos, según el día y lo que la gente pudiera ofrecerle. Tenía un techo sobre su cabeza, tenía una cama y podía prender el fuego cuando hacía frío. Y lo que era más importante: tenía muchos buenos amigos.

Se podría pensar que Momo había tenido muchísima suerte por haber conocido a gente tan amable, ella misma así lo creía. Pero también ellos comprendieron pronto que no eran menos afortunados. Necesitaban a Momo, se preguntaban cómo habían sobrevivido sin ella. Y cuanto más tiempo pasaba la pequeña con ellos, más imprescindible se volvía, tanto que todos temían que se fuera algún día.

Así que Momo empezó a tener muchas visitas. Casi siempre había alguien sentado en su casa, hablando con ella. Y quien la necesitara y no pudiera acercarse hasta allí enviaba a alguien a buscarla. Y a quien aún no se hubiera percatado de que la necesitaba los demás le decían:

—¡Ve a ver a Momo!

Poco a poco, esa frase se convirtió en una expresión habitual entre los habitantes de los alrededores. De la

misma manera que se dice “¡Buena suerte!” o “¡Provecho!” o “¡Quién sabe!”, se empezó a decir en todo tipo de situaciones: “¡Ve a ver a Momo!”.

Pero ¿por qué? ¿Acaso era Momo tan inteligente que tenía un buen consejo para cualquiera? ¿Encontraba siempre las palabras adecuadas cuando alguien necesitaba consuelo? ¿Sabía emitir juicios sabios y justos?

No, Momo era tan incapaz de todo eso como cualquier otro niño.

Entonces, ¿quizá sabía hacer algo que pusiera a la gente de buen humor? ¿Sabía, por ejemplo, cantar? ¿O tocaba algún instrumento? ¿O acaso sabía, ya que vivía en una especie de circo, bailar o hacer acrobacias?

No, tampoco se trataba de eso.

¿Quizá sabía hacer magia? ¿Conocía algún hechizo capaz de ahuyentar todas las preocupaciones y miserias? ¿Sabía leer las líneas de la mano o predecir el futuro de alguna u otra manera?

Nada de todo eso.

Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie más era escuchar. “Nada especial”, dirá tal vez alguno que otro lector, “cualquiera sabe escuchar”.

Pero se equivocan. Muy pocas personas saben escuchar de verdad. Y Momo escuchaba de una manera única.

Momo sabía escuchar de tal modo que a las personas más simples se les ocurrían de repente ideas inteligentes. Y no porque ella dijera o preguntara algo que llevara a los demás a tener esas ideas, no; Momo se limitaba a escuchar, con toda su atención y empatía. Miraba a su interlocutor con sus grandes ojos negros, y este de repente sentía

que en su interior surgían pensamientos que jamás había sospechado albergar.

Sabía escuchar de tal modo que las personas confundidas o indecisas comprendían de pronto lo que querían. O lograba que los tímidos se sintieran repentinamente libres y osados. O que los desdichados y deprimidos se volvieran seguros y alegres. Y si alguien creía que su vida carecía de sentido y que él mismo no era más que uno entre millones, uno que no importaba nada y que podría ser reemplazado con la misma rapidez que una olla rota, e iba y le contaba todo a la pequeña Momo, entonces esa persona comprendía, mientras hablaba, que en el mundo sólo existía uno como él y que eso lo hacía relevante a su manera.

¡Así era como Momo escuchaba!

Un día fueron a verla al anfiteatro dos hombres enemistados a muerte que se negaban a hablarse a pesar de ser vecinos. Los demás les habían aconsejado ir a ver a Momo, porque no estaba bien que dos vecinos vivieran peleados. Ambos se negaron al principio, pero al final cedieron a regañadientes.

Sentados en diferentes extremos de las gradas de piedra, miraban hostiles al frente, en silencio y con expresión huraña.

Uno era el albañil que le había hecho el horno de piedra y la hermosa pintura de flores, que ahora estaban en la “sala” de Momo. Se llamaba Nicola y era un tipo fuerte con un bigote negro de puntas retorcidas. El otro se llamaba Nino. Era flaco y siempre parecía estar un poco cansado. Era el dueño de un pequeño local a las afueras de la ciudad

al que, por lo general, sólo acudían unos pocos ancianos que se pasaban toda la tarde hablando de sus recuerdos y pedían un único vaso de vino. También Nino y su robusta esposa se contaban entre los amigos de Momo, y le llevaban a menudo cosas ricas de comer.

Momo se percató de que estaban enojados entre sí y al principio no supo a cuál de ellos acercarse primero. Para no ofender a ninguno de los dos, se sentó al fin en el borde del escenario de piedra a la misma distancia de ambos y los miró por turnos. Esperó a ver qué ocurriría. Algunas cosas necesitan su tiempo, y tiempo era lo único que Momo tenía en abundancia.

Después de pasar un rato así sentados, Nicola se levantó de repente y dijo:

—Me voy. Ya mostré mi buena voluntad viniendo aquí. Pero ya ves, Momo, es un terco. ¿Para qué esperar más?

Y se dio la vuelta dispuesto a irse.

—Sí, eso es, ¡vete! —le gritó Nino a sus espaldas—. No hacía falta que vinieras. ¡Yo no me reconcilio con un criminal!

Nicola volteó como un rayo. Tenía la cara roja de ira.

—¿Quién es un criminal? —preguntó volviendo sobre sus pasos con gesto amenazador—. ¡Repítelo!

—¡Tantas veces como quieras! —gritó Nino—. ¿O acaso crees que porque eres fuerte y bruto nadie se atreverá a decirte la verdad a la cara? Pero yo, ¡yo te la digo a ti y a cualquiera que desee oírla! Sí, anda, ¡ven aquí y acaba conmigo como ya quisiste hacerlo una vez!

—¡Ojalá lo hubiera hecho! —bramó Nicola apretando los puños—. Pero ya ves, Momo, ¡cómo miente y

calumnia! Solamente lo agarré por el cuello de la camisa y lo arrojé al charco de agua sucia detrás de ese tugurio que él llama cantina. Ni una rata se ahogaría ahí —y volviéndose de nuevo a Nino, gritó—: ¡Por desgracia para mí, sigues vivo!

Durante un rato volaron en ambas direcciones los insultos más descabellados, y Momo ni siquiera comprendía de qué hablaban o por qué estaban tan furiosos el uno con el otro. Sin embargo, poco a poco quedó claro que Nicola cometió aquella vileza sólo porque Nino le había propinado antes un bofetón en presencia de algunos clientes. Esto, a su vez, ocurrió después de que Nicola intentara destrozarse toda la vajilla de Nino.

—¡Pero eso no es cierto! —se defendió Nicola enfadado—. Sólo lancé contra la pared una jarra, ¡que además ya estaba un poco rota!

—Pero era mi jarra, ¿entiendes? —replicó Nino—. ¡No tenías derecho a hacer eso!

Nicola opinaba que tenía todo el derecho del mundo, ya que Nino había ofendido su honor como albañil.

—¿Sabes qué dijo sobre mí? —le gritó a Momo—. Dijo que yo no era capaz de construir muros derechos porque estoy borracho día y noche. ¡Y que incluso mi bisabuelo fue uno de los borrachos que ayudó a construir la torre inclinada de Pisa!

—Pero, Nicola —respondió Nino—, ¡lo dije en broma!

—¡Vaya broma! —gruñó Nicola—. A mí no me hizo nada de gracia.

Sin embargo, resultó que Nino sólo había querido vengarse de una broma anterior de Nicola. Una mañana, en la

puerta de Nino apareció escrito en letras rojas: “No le fíes tu dinero al cantinero”. Y eso no le hizo ninguna gracia a Nino.

Así que estuvieron un rato discutiendo muy en serio sobre cuál de las dos bromas era la mejor, y volvieron a gritarse enfurecidos. Pero, de repente, guardaron silencio.

Momo los miraba con los ojos muy abiertos, ninguno de ellos sabía interpretar su mirada con seguridad. ¿Se estaría riendo de ellos? ¿O estaba triste? Su expresión no delataba nada. Sin embargo, a ambos de repente les pareció que se veían reflejados en un espejo y empezaron a sentirse avergonzados.

—Bueno —dijo Nicola—, tal vez no debí haber escrito eso en tu puerta, Nino. No lo habría hecho si tú no te hubieras negado a servirme un solo vaso de vino. Eso va contra la ley, ¿entiendes? Porque yo siempre te pagué y tú no tenías ningún motivo para tratarme así.

—¡Vaya que sí lo tenía! —replicó Nino—. ¿Ya no te acuerdas de lo de san Antonio? ¡Ah, mira cómo palideces ahora! Me tomaste el pelo miserablemente y no tengo por qué tolerar eso.

—¿Que yo te tomé el pelo a ti? —gritó Nicola al tiempo que se daba un manotazo en la frente—. ¡Todo lo contrario! ¡Fuiste tú quien intentó tomarme el pelo a mí, sólo que no te salió bien la jugada!

La historia sucedió así: en el pequeño local de Nino colgaba de la pared un cuadro de san Antonio. Era una copia a color que Nino había cortado en algún momento de una revista ilustrada y enmarcado después.

Un día Nicola quiso comprarle a Nino el cuadro, según decía él, porque le gustaba mucho. Nino regateó con

habilidad hasta lograr que Nicola le ofreciera su radio a cambio. Nino se reía para sus adentros, porque era obvio que Nicola perdía con el trato. El intercambio se hizo.

Entonces se descubrió que entre la imagen y el dorso del marco de cartón se escondía un billete del que Nino no sabía nada. De repente el engañado era él y eso le molestó mucho. En pocas palabras, exigió que Nicola le devolviera el dinero, porque este no formaba parte del trato. Nicola se negó, y Nino no quiso servirle nunca más en su cantina. Así había comenzado la pelea.

Una vez que ambos llegaron al comienzo de su enemistad callaron durante un rato.

Luego Nino preguntó:

—Dime ahora con sinceridad, Nicola: ¿tú sabías de la existencia de ese dinero antes del trato o no?

—Claro, de otro modo no habría accedido a darte mi radio.

—¡Entonces reconocerás que me estafaste!

—¿Por qué? ¿De verdad que no sabías nada del dinero?

—¡No, te doy mi palabra!

—¿Ves? Entonces eras tú quien quería estafarme a mí. Si no, ¿cómo pretendías quedarte con mi radio a cambio de ese recorte de revista sin valor, eh?

—¿Y cómo sabías tú de ese dinero?

—Dos días antes vi a un cliente metiendo allí el billete como ofrenda a san Antonio.

Nino se mordió los labios.

—¿Era mucho?

—Ni más ni menos de lo que valía mi radio —replicó Nicola.

—Entonces toda nuestra pelea —dijo Nino pensativo— se limita a la imagen de san Antonio que recorté de una revista.

Nicola se rascó la cabeza.

—La verdad es que sí —gruñó—. Te la devuelvo, Nino.

—¡Ni hablar! —respondió Nino con dignidad—. ¡Un trato es un trato! ¡Un apretón de manos es sagrado entre caballeros!

Y de repente, los dos se echaron a reír. Bajaron los escalones de piedra y se encontraron en el centro de la plaza circular, se abrazaron y se dieron unas palmaditas en la espalda. Luego ambos abrazaron a Momo y le dijeron:

—¡Muchas gracias!

Cuando se fueron al cabo de un rato, Momo pasó largo tiempo despidiéndolos con la mano. Estaba muy contenta de que los dos amigos se llevaran bien de nuevo.

En otra ocasión, un niño le llevó su canario, que se negaba a cantar. Fue una tarea mucho más difícil para Momo. Tuvo que escucharlo durante toda una semana hasta que, al fin, el pájaro comenzó a trinar con alegría.

Momo escuchaba a todos, a perros y a gatos, a grillos y a ranas, incluso a la lluvia y al viento que soplaba entre los árboles. Y todo le hablaba a ella a su manera.

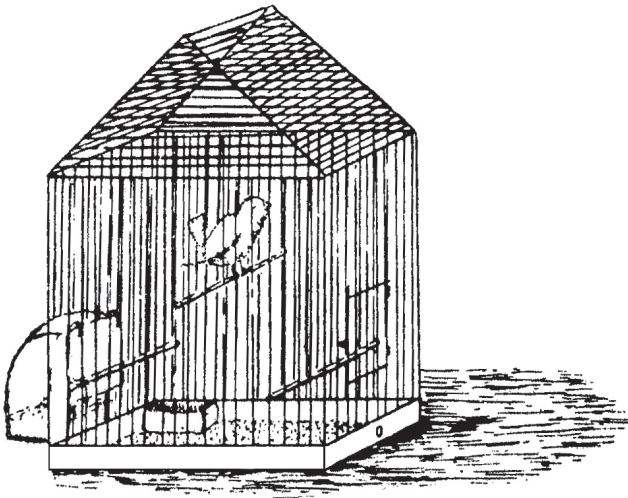
Algunas noches, cuando todos sus amigos se habían ido a sus casas, ella se quedaba un largo rato sentada en el gran círculo de piedra del viejo teatro sobre el que se arqueaba el cielo tachonado de estrellas y escuchaba el silencio.

Entonces sentía estar en el centro de una enorme oreja dirigida al universo estrellado. Y le parecía oír una música

suave pero poderosa a la vez, que le llegaba de algún modo al corazón.

Esas noches siempre tenía sueños especialmente hermosos.

Y quien siga pensando que escuchar no tiene nada de especial, que lo intente y compruebe si sabe hacerlo tan bien.



### 3. Una tempestad de mentira y una tormenta de verdad

Ya debería ser evidente que Momo no hacía ninguna diferencia entre adultos y niños cuando de escuchar se trataba. Sin embargo, a los niños les encantaba ir al anfiteatro también por otro motivo. Desde que Momo apareció, se divertían tanto jugando como nunca antes. Ya no existía el aburrimiento. Y no porque Momo tuviera buenas ideas. No, Momo simplemente estaba allí y jugaba con ellos. Y justo por eso, no se sabe cómo, a los mismos niños se les ocurrían las mejores ideas. Todos los días inventaban juegos nuevos, cada uno más hermoso que el anterior.

Un día bochornoso y sofocante, unos diez u once niños esperaban a Momo sentados en las gradas de piedra. Ella había salido un rato a pasear por los alrededores, como hacía a veces. El cielo estaba cubierto de densas nubes negras. Era probable que pronto comenzara una tormenta.

—Mejor me voy a casa —dijo una niña acompañada de su hermano pequeño—. Los rayos y los truenos me dan miedo.

—¿Y en casa? —preguntó un niño que llevaba lentes—. ¿No te dan miedo cuando estás en casa?

—También —respondió la niña.

—Entonces puedes quedarte aquí —opinó el chico.

La niña se encogió de hombros y asintió. Al cabo de un rato dijo:

—Pero puede que Momo no venga.

—¿Y qué? —intervino otro niño de aspecto algo descuidado—. Podemos jugar a algo de todos modos, aunque ella no esté.

—Está bien, pero ¿a qué?

—No sé. A algo.

—Algo no es nada. ¿Quién tiene una idea?

—Ya sé —dijo un niño gordito con una aguda voz de niña—, podemos jugar a que las ruinas son un barco enorme y navegamos por mares desconocidos y tenemos aventuras. Yo soy el capitán, tú eres el primer timonel y tú eres un explorador, un científico, porque es un viaje de investigación, ¿entienden? Y los demás son marineros.

—¿Y las niñas qué somos?

—Marineras. Es un barco del futuro.

¡Era un buen plan! Intentaron jugar, pero no se ponían del todo de acuerdo, y el juego no funcionaba. Al poco rato, volvían a esperar sentados en las gradas de piedra.

Y entonces llegó Momo.

Las olas rompían con fuerza contra la proa del barco. El buque de investigación Argo se mecía de un lado a otro empujado por la marea mientras avanzaba tranquilo, pero a toda máquina hacia el mar de corales del sur.

Ningún barco había osado jamás navegar por estas peligrosas aguas, pues abundaban en ellas abismos, arrecifes

de coral y monstruos marinos desconocidos. Sobre todo, existía un ciclón que no se detenía nunca, al que llamaban “el tifón eterno”. Se trasladaba sin descanso de un lado a otro en estos mares, en busca de un botín, como un ser vivo, incluso astuto. Su trayecto era imprevisible. Y nada de lo que apresaba entre sus gigantescas garras quedaba libre hasta acabar convertido en astillas.

Cierto era que el buque de investigación Argo estaba especialmente equipado para encontrarse con este ciclón errante. La nave entera estaba hecha de acero especial azul, flexible e irrompible como la hoja de una espada. Además, lo habían fundido de una sola pieza mediante un proceso de fabricación muy particular, sin juntas ni soldaduras.

Aun así, difícilmente otro capitán y otra tripulación habrían tenido el valor de enfrentarse a estos peligros inverosímiles. Pero el capitán Gordon sí lo tenía. Desde su puente de mando contemplaba orgulloso a sus marineros y marineras, todos reconocidos expertos en sus respectivas especialidades.

Junto al capitán se encontraba su primer timonel, don Melú, un lobo de mar hecho y derecho que había sobrevivido ya a ciento veintisiete huracanes.

Más allá, sobre la cubierta, se veía al profesor Eisenstein, el líder científico de la expedición, acompañado de sus asistentes Maurin y Sara, quienes constituían para él bibliotecas enteras gracias a su enorme memoria. Los tres se encontraban inclinados sobre sus instrumentos de precisión y deliberaban en voz baja entre sí en su complicada lengua científica.

Un poco más lejos, sentada con las piernas cruzadas, se encontraba la hermosa indígena Momosan. De vez en cuando, los investigadores le consultaban sobre alguna particularidad de estas aguas, y ella les respondía en hula, un dialecto armonioso que sólo el profesor comprendía.

El objetivo de la expedición era descubrir la causa del tifón errante y, si fuera posible, erradicarlo, para que este mar se volviera de nuevo navegable también para otros buques. Pero aún reinaba la calma y no había ni rastro de tempestad.

De pronto, un grito del hombre que vigilaba en la atalaya arrancó al capitán de sus pensamientos.

—¡Capitán! —gritó formando una bocina con la mano—. ¡O estoy loco o en verdad veo una isla de cristal frente a nosotros!

El capitán y don Melú miraron de inmediato a través de sus catalejos. También el profesor Eisenstein y sus asistentes se acercaron con interés. Sólo la hermosa indígena permaneció sentada. Las enigmáticas costumbres de su pueblo le prohibían mostrar curiosidad.

Pronto alcanzaron la isla de cristal. El profesor descendió por la escalera de cuerda que descolgaron sobre la pared exterior del barco y pisó el suelo transparente. Este resbalaba muchísimo, y el profesor Eisenstein tuvo que hacer enormes esfuerzos para mantenerse en pie. La isla era circular y medía unos veinte metros de diámetro. Hacia el centro se elevaba algo parecido a una cúpula. Cuando el profesor llegó hasta el punto más alto, distinguió una luz que titilaba en el interior de la isla.

Compartió su observación con los otros, que esperaban impacientes junto a la borda.

—Eso significa —empezó a decir la asistente Maurin— que debe de tratarse de un *Mordiscus bistrozinalis*.

—Es posible —replicó Sara, la asistente—, pero también puede ser una *Tragonetis tapetozifera*.

El profesor Eisenstein se incorporó, se subió los lentes y gritó hacia el barco:

—Según mi punto de vista, nos encontramos ante una subespecie de *Calctinus gomosus* común. Pero sólo podremos decirlo con seguridad cuando investiguemos desde abajo.

De inmediato saltaron al agua tres marineras, que eran, además, submarinistas de fama mundial y que ya se habían puesto sus trajes de buceo. Enseguida desaparecieron en las profundidades azules del mar.

Durante un rato no emergieron más que burbujas a la superficie, pero de repente apareció una de las niñas, de nombre Sandra, y gritó entre jadeos:

—¡Es una medusa gigante! Las otras dos buzas se quedaron atrapadas en sus tentáculos y no pueden liberarse. ¡Tenemos que ayudarlas antes de que sea demasiado tarde!

Dicho esto, desapareció de nuevo.

Al instante saltaron del barco cien hombres rana liderados por su experto capitán, Franco, apodado el Delfín. Una batalla desahogada se desencadenó bajo las aguas y la superficie del mar se cubrió de espuma. Sin embargo, ni siquiera estos hombres lograron liberar a las dos chicas de aquellas terribles garras. ¡La fuerza de ese gigantesco animal marino era descomunal!

—Hay algo —dijo el profesor con el ceño fruncido a sus asistentes—, algo que parece provocar un crecimiento desorbitado en estos mares. ¡Qué interesante!

Entretanto, el capitán Gordon había deliberado con su primer timonel, don Melú; habían tomado una decisión.

—¡Que vuelvan! —gritó don Melú—. ¡Todos a bordo! Cortaremos al monstruo en dos, de otro modo será imposible rescatar a las dos marineras.

El Delfín y sus hombres rana treparon de nuevo a bordo. El Argo retrocedió primero unos metros y luego se lanzó a toda máquina contra la medusa gigante. La proa del buque de acero era afilada como la hoja de una navaja. En silencio y casi sin sentir una sola sacudida, dividió a la medusa gigante en dos mitades.

La operación no estaba exenta de peligro para las dos chicas atrapadas en los tentáculos del animal, pero el primer timonel, don Melú, había calculado su posición con exactitud y dirigió el buque para que pasara inmaculadamente entre las dos. De inmediato, los tentáculos de ambas mitades colgaron sin fuerza, y las prisioneras lograron liberarse de ellos.

En el barco las recibieron con gran alegría. El profesor Eisenstein se adelantó a las dos marineras y les dijo:

—Fue culpa mía. No debí enviarlas allá abajo. ¡Perdóname por el peligro al que las empujé!

—No hay nada que perdonar, profesor —respondió una de ellas y rio alegre—. Al fin y al cabo, vinimos con usted para vivir aventuras como esta.

Y la otra chica añadió:

—El peligro es nuestra profesión.

Sin embargo, no hubo tiempo para seguir conversando. Debido a los trabajos de rescate, el capitán y su tripulación habían olvidado por completo la vigilancia de las aguas. Así que no se percataron, sino hasta el último momento, de que el ciclón errante había aparecido en el horizonte y se dirigía hacia ellos a toda velocidad.

Una primera ola inmensa se apoderó del barco de acero, lo levantó y lo arrojó a un abismo de olas de más de cincuenta metros de altura. Otros marineros menos experimentados y valerosos que los del Argo habrían sido arrastrados por la borda o se habrían desmayado en esta primera embestida. Sin embargo, el capitán Gordon permanecía firme sobre el puente de mando como si nada hubiera ocurrido, y su tripulación resistía tan impasible como él. Sólo la bella indígena Momosan, poco habituada a semejantes oleajes, había trepado a un bote salvavidas. En pocos segundos, el cielo entero se volvió negro como el carbón. El ciclón se abalanzó sobre el buque entre aullidos y bramidos, lo arrojó a las alturas y a las profundidades. Fue como si su furia aumentara minuto a minuto al ver que no podía hacer nada contra el Argo.

Con voz calmada, el capitán daba órdenes que luego el primer timonel replicaba a gritos. Todos se encontraban en sus puestos.

Incluso el profesor Eisenstein y sus asistentes permanecían junto a sus instrumentos. Calculaban la posición del núcleo interno del tifón, pues allí debía dirigirse el barco. El capitán Gordon quedó impresionado por la sangre fría de estos científicos, quienes, al contrario que él y su gente, no tenían con el mar una relación de igual a igual.

Un primer rayo cayó sobre ellos y alcanzó el buque de acero, que quedó, por supuesto, cargado de electricidad. Saltaban chispas dondequiera que se tocara. Sin embargo, a bordo del Argo, todos contaban con meses de entrenamiento para sobrevivir semejantes adversidades. Nadie se inmutó.

Sólo que las partes más finas del barco, los calabrotos de acero y las barras de hierro, se volvieron incandescentes como el alambre de una bombilla, y eso dificultaba un poco el trabajo a la tripulación, a pesar de que todos llevaban guantes de amianto. Por suerte, el problema no duró mucho, pues enseguida comenzó a llover de un modo tan torrencial como ninguno de ellos, a excepción de don Melú, había presenciado jamás; se trataba de una lluvia tan densa que pronto se hizo difícil respirar. La tripulación tuvo que ponerse máscaras de buceo y equipos respiratorios.

¡Rayos y más rayos, truenos y más truenos! ¡Aullidos de la tempestad! ¡Olas altas como casas y espuma blanca por todas partes!

El Argo luchaba metro a metro, con todas sus máquinas a la máxima potencia, contra la violencia descomunal de este tifón. Los maquinistas y los fogoneros rendían un trabajo sobrehumano en las profundidades de las salas de calderas. Se habían atado con gruesas sogas para que los terribles bandazos y cabeceos del barco no los arrojaran a las fauces de fuego de las calderas de vapor.

Por fin alcanzaron el núcleo del ciclón. ¡Pero qué escena se encontraron allí!

Sobre la superficie del mar, aquí lisa como un espejo después de que la tempestad barriera todas las olas,

bailaba una criatura gigantesca. Se sostenía sobre una pata y aumentaba de grosor hacia arriba, de manera que tenía verdaderamente el aspecto de un trompo del tamaño de una montaña. Giraba a tal velocidad sobre su propio eje que era imposible distinguir sus rasgos con detalle.

—¡Un *Sumsum gomilasticum*! —exclamó entusiasmado el profesor sujetándose los lentes, que le resbalaban por la nariz una y otra vez por culpa de la lluvia.

—¿Podría explicarnos algo más? —bramó don Melú—. Nosotros sólo somos simples marineros y...

—Deje que el profesor investigue tranquilo —lo interrumpió la asistente Sara—. Se trata de una ocasión única. Esta criatura rotante se originó probablemente en las primeras fases de la evolución de la Tierra. Debe de tener más de un millar de años. Hoy en día sólo queda una subespecie de tamaño microscópico, que se encuentra a veces en la salsa de tomate o, con menos frecuencia, en la tinta verde. Un ejemplar de estas dimensiones es, con toda probabilidad, el único que aún exista de su especie.

—Pero nosotros estamos aquí —gritó el capitán a través de los aullidos de la tempestad— para terminar con la causa del eterno tifón. ¡Así que díganos cómo detener esa cosa!

—Eso —dijo el profesor— no lo sé yo tampoco. La ciencia no ha tenido aún la oportunidad de estudiarlo.

—Bien —replicó el capitán—, primero dispararemos contra él; luego veremos qué ocurre.

—¡Qué pena! —se lamentó el profesor—. ¡Disparar contra el único ejemplar de un *Sumsum gomilasticum*!

Sin embargo, el cañón de contraficción ya apuntaba hacia el trompo gigante.

—¡Fuego! —ordenó el capitán.

Una llamarada azul de un kilómetro de longitud salió disparada del cañón de doble boca. Claro que no se oyó nada, pues, como todo el mundo sabe, un cañón de contraficción dispara proteínas. El brillante proyectil voló hacia el *Sumsum*, pero quedó atrapado en el gigantesco torbellino, se desvió, rodeó a la criatura un par de veces, cada vez a mayor velocidad, y salió disparado hacia arriba hasta desaparecer en la negrura de las nubes.

—¡Es inútil! —gritó el capitán Gordon—. ¡No tenemos más remedio que acercarnos a esa cosa!

—¡No podemos acercarnos más! —dijo don Melú—. Las máquinas ya funcionan a toda velocidad y lo único que conseguimos es que la tempestad no nos arrastre.

—¿Tiene alguna propuesta, profesor? —quiso saber el capitán.

El profesor se limitó a encogerse de hombros; tampoco sus asistentes sabían qué decir. Parecía que tendrían que dar por fracasada la expedición.

En ese momento, alguien jaló al profesor de la manga. Era la bella indígena.

—*Malumba!* —dijo con gestos de ánimo—. *Malumba oisitu sono! Erweini samba insaltu lolobindra. Kramuna heu beni beni sadogau.*

—*Babalu?* —preguntó sorprendido el profesor—. *Didi maha feinosi intu ge doinen malumba?*

La bella indígena asintió con afán y replicó:

—*Dodo um aufu schulamat wawada.*

—*Oi-oi* —contestó el profesor y se acarició pensativo la barbilla.

—¿Qué es lo que quiere? —quiso saber el primer timonel.

—Dice —explicó el profesor— que su pueblo conoce una canción ancestral que hace dormir al tifón errante si alguien reúne el valor de cantársela.

—¡No me haga reír! —gruñó don Melú—. ¡Una canción de cuna para un huracán!

—¿Qué opina usted, profesor? —preguntó la asistente Sara—. ¿Es posible algo así?

—No debemos dejarnos llevar por nuestros prejuicios —respondió el profesor Eisenstein—. Las tradiciones de los indígenas contienen a menudo un trasfondo de verdad. Tal vez ciertas vibraciones tonales influyan sobre el *Sumsum gomilasticum*. Sabemos muy poco aún sobre sus condiciones de vida.

—No tenemos nada que perder —decidió el capitán—. Intentémoslo. Dígale que cante.

El profesor se volvió a la bella indígena y le dijo:

—*Malumba didi oisadal huna-huna, wawadu?*

Momosan asintió y comenzó a entonar una canción muy especial, compuesta de unas pocas notas que se repetían una y otra vez:

*Eni meni allubeni*  
*Wanna tai susura teni!*

Al tiempo que cantaba, aplaudía y saltaba siguiendo el ritmo. La sencilla melodía y el texto se aprendían con facilidad. Otros se unieron poco a poco y, pronto, toda la

tripulación cantaba con ella, acompañándose con las palmas y saltando al compás de un lado a otro. Asombraba en especial ver cantar y bailar, como niños en un parque, al viejo lobo de mar don Melú y al profesor Eisenstein.

Y en efecto, ¡lo que ninguno de ellos creía posible ocurrió! El trompo gigantesco empezó a girar más y más despacio hasta que se detuvo por completo y comenzó a sumergirse en el mar. La marejada se cerró sobre él entre truenos. La tempestad se calmó de repente, dejó de llover, el cielo se volvió azul y las olas se serenaron. El Argo se mecía tranquilo sobre las brillantes aguas sosegadas, como si allí nunca hubiera reinado más que paz y calma.

—Tripulación —dijo el capitán Gordon mirando con reconocimiento a cada uno de ellos a la cara—, ¡lo conseguimos! —era un hombre de pocas palabras, todos lo sabían—. ¡Estoy orgulloso de ustedes!

—Creo que llovió de verdad —dijo la niña que había llevado a su hermano pequeño—. Al menos yo estoy empapada.

Era verdad: mientras jugaban cayó la tormenta. Y, en especial, la niña acompañada de su hermanito se sorprendió por haber olvidado por completo su miedo a los rayos y los truenos a bordo del buque de acero.

Todavía conversaron un rato sobre la aventura y se contaron detalles que cada uno había vivido de diferente modo. Luego se separaron para regresar a casa y secarse.

Sólo un niño se sentía algo descontento con el desarrollo del juego: el chico de los lentes. Al despedirse, le dijo a Momo:

—Es una pena que hundiéramos al *Sumsum gomilasticum*. ¡El último ejemplar de su especie! Me habría encantado estudiarlo más a fondo.

Pero en una cosa estaban todos de acuerdo: en ningún otro lugar se jugaba igual que con Momo.

